

Beatriz Sarlo

Plan de operaciones

Sobre Borges, Benjamin, Barthes y Sontag



BEATRIZ SARLO

PLAN DE OPERACIONES

Sobre Borges, Benjamin, Barthes y Sontag

Edición de Leila Guerriero



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

TRES ZETAS

La Z es una de las dos únicas letras del título de un libro que yo llevaría a la famosa isla desierta donde siempre hemos de llegar equipados con nuestro único compact, nuestro único texto, nuestro único cuadro, etcétera, etcétera.

El libro es *S/Z*, de Roland Barthes. Leí la primera edición, de 1970, en la hoy clásica colección Tel Quel, de Seuil. Como su título lo anuncia, tiene dos partes: un relato largo de Balzac, *Sarrasine*, y un análisis, célula a célula, frase a frase, de ese mismo relato. Todo lo que alguien quiera saber de crítica literaria está en ese libro del maestro. Todo lo que alcanzó la literatura del siglo XIX, se encuentra en ese relato imposible de Balzac. Abierto al azar, *S/Z* puede ser consultado como un *I Ching* de la crítica y la teoría literaria. Siempre se encuentra una página donde es posible pensar de nuevo la literatura, escuchar un buen consejo o solucionar un problema textual.

¿Qué hace Barthes en *S/Z*? Da lecciones que tienen la forma corta (y a veces imperativa) del aforismo. Se pregunta, por ejemplo, qué es interpretar un texto y nos dice: no es, como se cree, darle un sentido, sino descubrir de cuántos sentidos diferentes está hecho. “Leer es encontrar sentidos: encontrar sentidos es darles un nombre; pero estos sentidos nombrados son impulsados hacia otros nombres; los nombres se llaman, se reúnen y su reagrupamiento necesita a su vez de un nombre”. Así, sin parar, el movimiento continuo de un sentido que no quiere ser fijado, que se muestra para escabullirse enseguida, que se muestra para ser perseguido: leer, nombrar lo que se cree haber leído, relacionar ese nombre con otros nombres de otras lecturas, volver a nombrar esa relación. Así, sin parar, enseña el maestro Barthes.

La Z de *S/Z* no señala ningún final. Precisamente es un camino que se recorre de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo; y también de abajo hacia arriba, de derecha a izquierda. La Z es una S en el espejo, una S que pierde sus contornos redondeados y adquiere la definición de los ángulos en 45 grados. La Z es la geometrización de la S. Permite

un recorrido en sentido inverso a la dirección en que la trazamos, y un recorrido conceptual que se produce en la angulación de las curvas o el curvamiento de los ángulos según se parta de la S o la Z.

La Z es, como recorrido inverso y doble, el símbolo gráfico de la lectura: leer dos veces, como se leen casi todas las cosas que no estén destinadas a la desaparición más inmediata. Eso muestra Barthes en *S/Z*, donde publica dos veces el relato de Balzac: primero, dividiéndolo en pequeñas células, fragmentos bordeados por hilos de sentidos; luego, completo, de corrido. Esta doble publicación del mismo relato de Balzac dibuja el movimiento de la Z, donde el relato es el trazo horizontal de arriba y el trazo horizontal de abajo y su lectura crítica, el trazo diagonal. Esta doble publicación es una lección, ella sola, de la lectura crítica.

La Z es la última letra. Después de la Z todo comienza una vez más. En algunos auditorios que nombran sus filas con letras, después de la Z viene la doble A, luego dos B, dos C y así sucesivamente. Nunca vi un auditorio que llegara a la doble Z. Pero teóricamente podría existir y después las letras deberían triplicarse. De todos modos no conozco una línea doble Z realmente existente.

Hay en cambio dos palabras que sí tienen doble Z. Diría que son fundamentales en la cultura mundial: piZZa y jaZZ. Conozco un lugar del mundo donde estas palabras coexisten, se potencian, se enlazan o se chocan. Allí pizza y jazz designan un espacio urbano y una cultura. El lugar se llama Nueva York. Por esas casualidades de la grafía, que podrían ser todo cábala, la Z está presente en la primera letra de Nueva, que es una Z que ha girado noventa grados; y también está evocada en la primera letra de York, la Z que siempre sigue a la Y, como la B sigue a la A. Cuando pensamos en el alfabeto, ABC forman un grupo y XYZ, otro. Nunca pensamos como grupo a LMN o a HIJ.

Nueva York tiene las zetas multiplicadas de la pizza y el jazz, como las huellas de dos culturas que forman, incluso cuando se agreden y se hostilizan mutuamente, la historia de esa ciudad: italianos y negros, dos grupos que vienen de otra parte a la gran ciudad que comienza por rechazarlos, luego los considera indispensables (son los que trabajan, hacen buen pan y pastas, limpian los departamentos de Park

Avenue) y más tarde, en la aurora de la reivindicación políticamente correcta del orgullo étnico, termina aceptándolos, cuando ya hay otros extranjeros aposentados como los nuevos “nuevos” en la ciudad afro-italo-judía que fue Manhattan.

Nueva York de la A a la Z: pizza y jazz, dos formas de la improvisación, dos formas de solucionar las cosas arreglándose con lo que tuvieron a mano los negros o los italianos del sur, extranjeros despreciados. La venganza de la doble Z: el jazz es el sonido de Nueva York y la única gran música de origen popular en este siglo; la pizza es la comida de todos los americanos de todas las ciudades de una costa a la otra. La pizza y el jazz se impusieron por sobre el carácter muy provinciano de los norteamericanos blancos y protestantes; superaron la desconfianza frente a lo extranjero que, aunque hoy parezca increíble, era el reflejo condicionado de la cultura americana en la primera mitad del siglo. Es la venganza de los ex esclavos y de los inmigrantes tardíamente reconocidos como “americanos” plenos: impusieron aquello que es más interno a una cultura: una comida y un beat.

Para terminar: un homenaje a quien sabía mucho de pizza y jazz, maltratado por algún periodista tan obtuso como condescendiente cuando murió en 1998: Frank Sinatra. Demos vuelta la S de Sinatra para encontrar la Z de quien fue comienzo y fin de la canción americana, rankeado en el *Down Beat* y experto en los maestros amasadores del Village y de Little Italy.

Publicado en el diario argentino *Página/12*, 2004